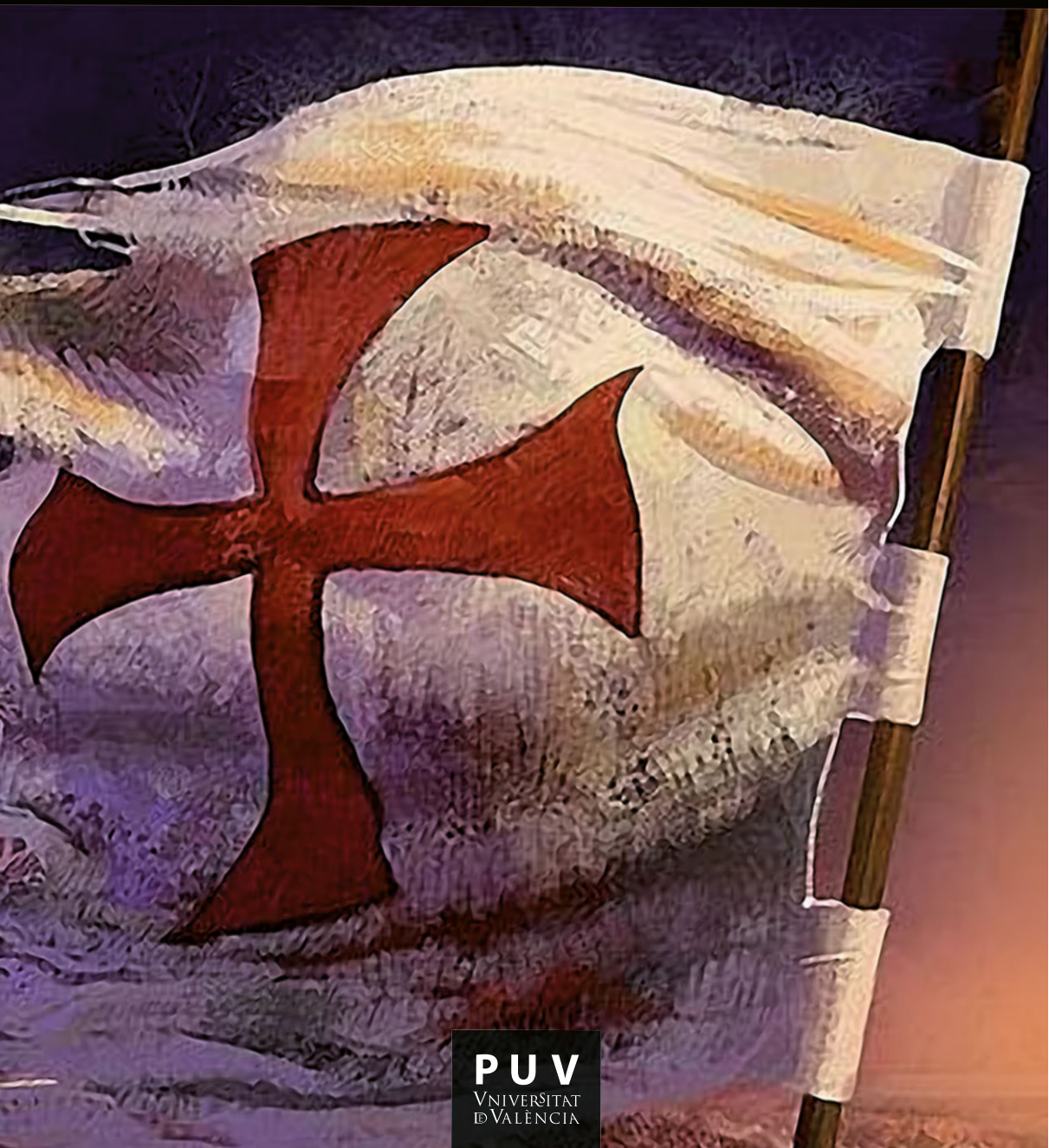


Daniele Menozzi

CRUZADA

Historia de una ideología
desde la Revolución francesa hasta Bergoglio



PUV
UNIVERSITAT
DE VALÈNCIA

«CRUZADA»

HISTORIA DE UNA IDEOLOGÍA
DESDE LA REVOLUCIÓN FRANCESA HASTA BERGOGLIO

DIRECCIÓ

Mónica Bolufer Peruga (Universitat de València)
Francisco Gimeno Blay (Universitat de València)
M.^a Cruz Romeo Mateo (Universitat de València)

CONSEJO EDITORIAL

Pedro Barceló (Universität Postdam)
Peter Burke (University of Cambridge)
Guglielmo Cavallo (Università della Sapienza, Roma)
Roger Chartier (EHESS)
Rosa Congost (Universitat de Girona)
Mercedes García Arenal (CSIC)
Sabina Loriga (EHESS)
Antonella Romano (CNRS)
Adeline Rucquoi (EHESS)
Jean-Claude Schmitt (EHESS)
Françoise Thébaud (Université d'Avignon)

«CRUZADA»

HISTORIA DE UNA IDEOLOGÍA
DESDE LA REVOLUCIÓN FRANCESA HASTA BERGOGLIO

Daniele Menozzi

Traducción de Mónica Granell Toledo

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

*Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico,
electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.*

Título original: «Crociata». *Storia di un'ideologia dalla Rivoluzione francese a Bergoglio*
© Carocci editore, 2020

© De esta edición: Universitat de València, 2023

© De la traducción: Mónica Granell Toledo, 2023

Publicacions de la Universitat de València

<https://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Ilustración de la cubierta:

Bandera templaria de José Antonio Juan Llorens (2017)

Coordinación editorial: Amparo Jesús-Maria Romero

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Maquetación: Inmaculada Mesa

Corrección: David Lluch

ISBN: 978-84-1118-113-6 (papel)

ISBN: 978-84-1118-114-3 (ePub)

ISBN: 978-84-1118-115-0 (PDF)

Edición digital

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. RETORNO	23
La reactualización de la cultura contrarrevolucionaria	24
Una posible opción político-militar para la Santa Sede	29
La elección del papa	34
Después de la Revolución: la valorización romántica	38
Cruzada y modernidad política	43
2. NACIONALIZACIÓN	47
Invención	49
Circulación	54
Instrumentalización	60
Reprobación	65
Una reorientación	69
3. INTENTO DE RELANZAMIENTO	73
¿Una «novena» cruzada?	73
La actitud de Roma	77
La contribución de la literatura	83
De Mentana a Porta Pia	88
Formas de resemantización	94
4. SUSTITUCIÓN	101
La Gran Guerra como cruzada	101
Un precedente: la guerra ítalo-turca	107
La contaminación entre el cristianismo y la religión de la nación	111
La (re)conquista de Jerusalén	116
Posguerra	122
5. IDEOLOGIZACIÓN	129
La Guerra Civil española	129
Los sinuosos caminos del apoyo romano	135
La operación Barbarroja	142
La «cruzada social» de Pío XII	148
<i>Crusade for freedom</i>	156
Entre la cruzada político-ideológica y la cruzada militar	162

6. EN EL MUNDO ACTUAL 169

 El replanteamiento incompleto de Juan Pablo II 169

 El replanteamiento estadounidense 173

 Las ambigüedades de Benedicto XVI..... 178

 Una superación: el san Francisco del papa Francisco..... 183

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA 189

 Fuentes 189

 Bibliografía 205

ÍNDICE ONOMÁSTICO 225

INTRODUCCIÓN

El tema de las cruzadas ha vuelto con fuerza al debate político y cultural actual. Mientras los fundamentalistas islámicos justifican la yihad como una respuesta inevitable y necesaria a la milenaria guerra santa (desde las expediciones medievales hasta las estadounidenses en Oriente Medio) que Occidente libra contra el islam, en los países occidentales, especialmente tras el atentado de las Torres Gemelas en septiembre de 2001, no faltan las voces que consideran la cruzada como la única relación posible con el mundo musulmán. La película de Ridley Scott *El reino de los cielos* (2005) ofrece un testimonio singular de esta cuestión. El director puso su talento cinematográfico al servicio de una narración que brutaliza los hechos con el claro propósito de alejar a la opinión pública de hacer una reactualización de estos.

Otros profesionales de la industria del entretenimiento han seguido su ejemplo, pero la referencia a las cruzadas no ha desaparecido. Más allá de su presencia en la ideología de los terroristas que periódicamente siembran la muerte en nombre del supremacismo blanco, basta con una rápida incursión en la red para darse cuenta de que un mito arraigado de las cruzadas se traduce en nostalgia e, incluso, en el deseo de su resurgimiento. Una situación que parece haber preocupado a la Iglesia católica. Promotora durante siglos de las cruzadas, ha expresado su voluntad de distanciarse de ese pasado. De hecho, desde el Jubileo del año 2000, se ha iniciado su reconsideración histórica, que el papa Bergoglio ha llevado a cabo elevando a modelo de comportamiento la alternativa que representó la visita de san Francisco al sultán al-Kamil durante la quinta cruzada.

En cualquier caso, ¿cuáles son las razones de este amplio recurso a la categoría de «cruzada» para interpretar los acontecimientos del mundo contemporáneo? Las cruzadas, vinculadas a la capacidad del Papado para dirigir a las autoridades civiles hacia un proyecto político-militar común, parecían

haberse desvanecido definitivamente con la afirmación de la autonomía del Estado moderno respecto al poder eclesiástico. Entonces, ¿el uso insistente del término en la actualidad se explica por una mera intención propagandística? En una época en la que no se puede ignorar el consenso de la opinión pública, se trata de promover el apoyo público a un proyecto, calificándolo con una palabra a la que se atribuye un valor movilizador por su capacidad de evocar un pasado premoderno.

Si así fuera, la difusión del conocimiento producido por una historiografía destinada a restaurar correctamente ese pasado sería suficiente para contrarrestar, si no frustrar, la operación. En realidad, el problema es más complicado. Una vez finalizadas las expediciones medievales, la categoría de cruzada siguió siendo ampliamente utilizada por múltiples actores a lo largo de la Edad Contemporánea, no solo con fines propagandísticos, sino también por su capacidad performativa. Está relacionada con una legitimación sagrada de la violencia bélica, que transfiere un valor salvífico (no necesariamente desde una perspectiva cristiana) a la muerte encontrada en su ejercicio. Por tanto, es necesario desentrañar esta historia para poder orientarse conscientemente en el retorno actual de la cruzada. Los capítulos en los que se divide el presente libro pretenden desarrollar esta cuestión. Sin embargo, antes de recorrerlos, conviene aclarar las motivaciones y elecciones en las que se basan, partiendo del trabajo historiográfico que constituye su antecedente inmediato.

En 1983 se publicó en Lausana un libro titulado *Histoire d'une idéologie. La Croisade*. El autor es Paul Rousset, profesor de Historia Medieval en la Universidad de Ginebra que, tras su formación en la École Pratique des Hautes Études de París, dedicó su tesis, defendida en 1945 en la Universidad de Lausana, a la primera cruzada. Rousset, que falleció un año antes de la publicación del volumen, puso en marcha una actividad investigadora que, sin ser exclusiva, consagró a lo largo de su carrera al tema de las cruzadas (Rousset, 1983).

Su trabajo responde, en realidad, a una cuestión determinada por el desarrollo de la investigación sobre las cruzadas después de la Segunda Guerra Mundial (Cardini, 1968a; 1968b). Es más, el profundo análisis de las investigaciones ha puesto de manifiesto que la historiografía occidental utiliza el término *cruzada* para describir iniciativas muy diferentes (desde la reconquista de los reinos cristianos caídos en manos islámicas en la península ibérica hasta las expediciones para liberar el Santo Sepulcro en Palestina; desde la represión violenta de los movimientos heréticos en tierras cristianas hasta las guerras de los caballeros teutónicos en Europa oriental; desde la batalla de Lepanto hasta la defensa de la cristiandad ante el avance

de los turcos en los Balcanes). Sin embargo, incluso si nos centramos únicamente en los esfuerzos medievales por arrebatar el control de los Santos Lugares a los musulmanes, resulta muy difícil definir de manera unitaria los numerosos movimientos que vieron partir hacia Oriente a personas procedentes de los más diversos grupos sociales y movidas por los más diversos impulsos. ¿A qué realidad histórica puede aplicarse, pues, la categoría de «cruzada» desde el punto de vista historiográfico?

El trabajo del académico suizo responde a esta cuestión distinguiendo dos significados del término. La cruzada es, ante todo, una institución. Entre finales del siglo XI y principios del XIII tuvieron lugar expediciones militares, proclamadas por el Papado y llevadas a cabo por el poder secular, con la intención de expulsar a los ocupantes musulmanes de Tierra Santa y defender a los Estados latinos que se habían asentado en Oriente. Cuando la institución dejó de existir con la vuelta de esos territorios a manos islámicas, la palabra siguió utilizándose, ya sin ninguna justificación en términos de los acontecimientos históricos, pero alimentada por el floreciente mito heroificante que, mientras tanto, se había ido construyendo en torno a ella. Es así como la cruzada se convierte en ideología. De hecho, proporciona una pátina sagrada al recurso de la violencia bélica desplegada no solo por motivos religiosos, sino también seculares (políticos, económicos, sociales, etcétera).

El desarrollo de los estudios en los años siguientes demostró que la interpretación de la cruzada como institución era bastante problemática. Incluso el papa Urbano II, que fue el primero en anunciar la guerra para restituir al cristianismo los territorios controlados por el islam en Europa y Oriente Medio, dio múltiples definiciones de sus iniciativas a lo largo del tiempo (Chevedden, 2013; 2015). Pero lo que aquí nos interesa es otro aspecto de la obra de Rousset. Al rastrear el uso ideológico de la cruzada, llega incluso hasta los años inmediatamente anteriores a la publicación del libro. A partir de un estudio realizado sobre la utilización del término en los medios de comunicación de masas del periodo, registra un uso generalizado de este, acompañado además de una multiplicación de su polisemia.

Por ejemplo, la palabra evoca un combate, en una lucha esencialmente pacífica, por la defensa intransigente de una causa (la «cruzada antitabaco», la «cruzada ecológica»); o asigna a su poder evocador una capacidad de persuasión (la «cruzada por la vivienda social», la «cruzada contra el coste de la vida»); o incluso se refiere a una actitud agresiva en clave a veces caricaturesca (la «cruzada contra el divorcio»). La presencia del término hasta en la publicidad comercial (para la promoción de productos de limpieza doméstica) deja claro lo que realmente ocurrió en aquellos años: la generalización de la referencia a la cruzada dio lugar a su banalización. Con la

convicción de que el término tiene una eficacia movilizadora, en la medida en que atribuye a una batalla el carácter de una causa incuestionablemente justa, se pone al servicio de cualquier propósito, incluso del más pedestre, que se pretenda alcanzar.

La situación descrita por el historiador suizo no desapareció tras la publicación de su libro. Por el contrario, se observa la intensificación del recurso al sustantivo con una función propagandística, sometiéndose de esta forma a las más diversas aventuras semánticas. Así lo atestigua una investigación sobre el uso de la palabra en la prensa británica a principios del siglo XXI (Elliot, 2017: 87-92). Sin embargo, a finales de los años ochenta del siglo XX, junto a la proliferación de la banalización del término, surgió un nuevo fenómeno: el renacimiento de su uso para dar legitimidad sagrada a la violencia bélica. El cambio se debió a las nuevas condiciones de la geopolítica internacional que surgieron tras el colapso de los regímenes comunistas en Europa del Este.

Para tratar de precisar la dinámica de este retorno, se puede recurrir a la célebre contribución de Samuel Huntington *El choque de civilizaciones*, publicado como ensayo en 1993 en la revista *Foreign Affairs* con el título entre signos de interrogación, y que fue reproducido en forma aseverativa tres años después en un volumen que gozó de un extraordinario éxito editorial (Huntington, 1996). En este trabajo, el politólogo estadounidense afirma que el fin del Imperio soviético sustituye al enfrentamiento bipolar entre ideologías, heredado de la Segunda Guerra Mundial, por conflictos entre culturas cuyos límites están marcados por las diferentes civilizaciones repartidas por el planeta. Enumera ocho, pero en esencia estas civilizaciones se solapan con las grandes religiones del mundo. En una situación en la que la religión aparece como el factor de identidad fundamental de una determinada civilización, quien quiera promover un conflicto ha de centrarse inevitablemente en su legitimación religiosa (Graziano, 2014). Esto abre el camino a la resacralización de la violencia bélica que, en el mundo cristiano, suele adoptar el nombre de *cruzada*. No es casualidad que Huntington recuerde las cruzadas medievales como ejemplo del lejano comienzo del choque de civilizaciones entre el islam y el cristianismo.

Por supuesto, cabe preguntarse si la categoría de choque de civilizaciones elaborada por Huntington se correspondía efectivamente con la realidad del orden planetario que siguió al fin del mundo bipolar. Del mismo modo, cabe preguntarse si las cruzadas medievales pueden interpretarse como un choque de civilizaciones. Pero estas cuestiones tienen poca importancia aquí. El dato relevante es otro. Entre finales del siglo XX e inicios del XXI, los sujetos activos en la escena política internacional han recurrido

a una legitimación religiosa de la violencia bélica, eligiendo, entre la pluralidad de formas históricas en las que se expresa (Miccoli, 2002), la de su sacralización. En particular, tanto los líderes estadounidenses como los representantes del mundo musulmán la han adoptado al presentar el conflicto armado como la solución a los problemas de convivencia en el mundo (Elliot, 2017: 93-105).

La reaparición en el lenguaje político de los términos *cruzada* y *yihad* atrajo la atención de Jean Flori, discípulo de Georges Duby, que dedicó buena parte de sus estudios a las mentalidades religiosas medievales, mostrando un especial interés por la caballería, las cruzadas y las relaciones entre el cristianismo y el islam. A principios del siglo XXI, se esforzó por aclarar la configuración de la guerra santa en estas dos religiones. Teniendo en cuenta el momento inicial, señala varios aspectos en común. En particular, tanto la cruzada como la *yihad* prevén una recompensa en el más allá para los caídos en la batalla. Pero también hay diferencias. En primer lugar, porque la cruzada se produce en la medida en que la autoridad religiosa suprema de todos los cristianos se dirige directamente a todos los fieles en su conjunto, invitándolos a tomar las armas; mientras que el policentrismo de la religión musulmana impide esta vía (Flori, 2001; 2002).

Otra diferencia es que la cruzada contempla una dimensión escatológica (la reconquista de Jerusalén como paso decisivo hacia la batalla final entre Cristo y el Anticristo, el regreso del Redentor y el inicio de su reino milenarista de paz y justicia). La *yihad*, en cambio, junto a la dimensión de la lucha interior espiritual, comporta un sometimiento a la verdadera fe de los territorios donde se niega el islam. En definitiva, se vincula a una proyección hacia el exterior de sus Santos Lugares, no al retorno a un lugar santo como cumplimiento de las profecías sobre el futuro.

Sin embargo, Flori llama fundamentalmente la atención sobre otra diferencia. Desde los inicios del islam, la *yihad* se ha presentado como una doctrina coherente de guerra santa que, a pesar de algunas articulaciones contingentes en relación con determinados acontecimientos, ha permanecido inalterada a lo largo de los siglos. Por el contrario, la cruzada es el resultado de una lenta elaboración que modifica las posturas sobre la guerra de los primeros tiempos del cristianismo. Su formulación está condicionada por factores especiales y particulares que solo maduran en el siglo XXI. En resumen, a la historicidad de la cruzada, Flori contrapone la intemporalidad esencial de la *yihad*.

Estas consideraciones han suscitado algunas dudas. En concreto, a la vista de la multiplicidad de significados que la primera cruzada asumió desde el principio, el intento del erudito francés de hipostasiarla, convirtiéndola

en el modelo interpretativo general de todas las cruzadas, parece bastante cuestionable desde el punto de vista historiográfico. Pero aquí es importante destacar el significado político y cultural de su obra. Me parece que consiste en el intento de poner los resultados de la investigación histórica a disposición de un Occidente en el que se reafirma la legitimación religiosa de la violencia bélica mediante la recuperación de los vocablos que están en el origen de la incitación a la guerra santa tanto en la cultura cristiana como en la musulmana.

Flori parece querer advertir de que la yihad constituye un verdadero problema político-militar al que todavía hay que hacer frente, mientras que la cruzada, nacida en una fase concreta de la larga y variada evolución histórica de la actitud mostrada por el cristianismo hacia la guerra, representa un aspecto contingente y pasajero de su historia bimilenaria. En la base de esta reconstrucción parece haber una intención política: advertir a Occidente de la persistencia de la amenaza islámica, pero, al mismo tiempo, tranquilizarlo con respecto a su capacidad para controlar el fundamento sagrado de la violencia bélica que se ha producido a lo largo de su historia.

Sin embargo, el ataque a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001 puso en crisis esta operación político-cultural, especialmente en lo que respecta a la cruzada. A partir de ese momento, en Occidente ha resurgido sustancialmente el uso público de la categoría para interpretar el choque con el mundo islámico. Christopher Tyerman, conocido medievalista inglés que en 2015 fue investido *professor of History of the Crusades* de la Universidad de Oxford por sus profundas investigaciones sobre el tema, constata el regreso de la cruzada al mundo actual, examinando la cuestión a la luz de los resultados de su larga investigación.

En 2004 concluyó una introducción general sobre las cruzadas, titulada *Fighting for Christendom: Holy War and the Crusades*, con un capítulo dedicado al uso generalizado de esta categoría para definir las iniciativas de la Edad Contemporánea. Una tesis de fondo recorre todo el volumen: las cruzadas solo pueden comprenderse en sus respectivos contextos históricos, de modo que, si queremos evitar las distorsiones, a menudo fraudulentas, de utilizar el pasado para leer el presente, debemos reafirmar la irrepetible especificidad de cada una de ellas. En el último capítulo, este esquema se aplica al presente. La misma actitud crítica con la que se abordan las cruzadas medievales vale también para «their adoption and adaptation by later generations» (Tyerman, 2004: 208). En definitiva, el estudioso propone una historización radical de las referencias a la cruzada a lo largo del tiempo, reconstruyendo la peculiar singularidad de cada caso, especialmente en relación con su retorno al mundo actual.

Este enfoque permite, sin duda, evitar el uso anacrónico de la categoría de cruzada. Sin embargo, parece eludir una cuestión: ¿el uso persistente del término no implica alguna forma de continuidad? ¿La persistencia de un mismo uso lingüístico no indica algún tipo de vínculo entre el pasado y el presente? Al fin y al cabo, el historiador está llamado no solo a detectar las diferencias, sino también las posibles permanencias. El problema surge con especial claridad en la obra de otro medievalista, Philippe Buc. En su libro *Holy War, Martyrdom and Terror: Christianity, Violence and the War*, publicado en inglés en 2015 y muy rápidamente traducido al alemán y al francés, traza la relación a largo plazo entre el cristianismo y la violencia.

Buc parte de las reacciones estadounidenses a los atentados de los fundamentalistas musulmanes y, a través de una serie de ejemplos que se extienden a lo largo de dos milenios, desde la antigüedad hasta las dos guerras del Golfo, afirma que el nexo entre la guerra material y la guerra espiritual constituye una estructura profunda de la identidad cultural de Occidente. En particular, los esquemas conceptuales desarrollados por la teología medieval sobre la cruzada están arraigados en la cultura cristiana anterior y resurgen periódicamente en las legitimaciones posteriores, tanto cristianas como seculares, que en Occidente se dan a la violencia bélica. Las posturas sobre la guerra contra el terrorismo islámico expresadas por los miembros de la Administración estadounidense serían, por tanto, el destino final de este largo itinerario. El libro argumenta esencialmente que la cruzada, como forma de sacralización de la guerra, es un rasgo permanente de la cultura occidental.

Esta reconstrucción también muestra algunos puntos débiles. Buc utiliza la categoría de cruzada para interpretar la actitud de actores históricos que, en su discurso público o privado, no utilizaron la palabra para motivar sus acciones. Además, recurre al término para connotar la orientación de personajes que, al rechazar el cristianismo (por ejemplo, Robespierre o Saint-Just), se guardaron de emplearlo en su sacralización de la guerra. El autor elige conscientemente este planteamiento y lo justifica en las densas y complejas páginas iniciales del volumen (Buc, 2015, trad. fr., pp. 14-41). Esto no quiere decir que su trabajo escape a las críticas: ¿cómo se puede atribuir la ideología de la cruzada a alguien que rehúye el uso de esta categoría? La sacralización de la violencia bélica toma diferentes caminos; reconducirla a un esquema unitario, renunciando al análisis de su forma específica que se explicita mediante el uso del léxico de la cruzada, parece constituir una simplificación impropia de la realidad histórica.

La limitación de un enfoque basado en analogías figurativas y formales del lenguaje más que en referencias filológicas precisas es particularmente evidente en la interpretación de la reacción estadounidense al ataque

islamista. Por ejemplo, Buc recuerda que algunas crónicas de la primera cruzada celebraron los ríos de sangre que corrieron por las calles de Jerusalén en julio de 1099, una vez conquistada la ciudad, ya que la muerte del enemigo se consideraba el resultado necesario de una guerra librada para aniquilar a los soldados del Anticristo. A continuación, en relación con este episodio, observa: «convencido de que era el enemigo diabólico quien daba vida a los adversarios musulmanes de carne y hueso, el lugarteniente general de las fuerzas armadas estadounidenses [en Iraq] William Boykin se habría sentido muy cómodo en julio de 1099 ante las murallas de Jerusalén» (Buc, 2015: 163). Sin indagar en el uso del término, el esfuerzo bélico de Estados Unidos en Oriente Medio se identifica así con la primera cruzada.

Algunos observadores han rechazado enérgicamente la posibilidad de describirlo mediante esta categoría. En ocasiones, estas valoraciones son muy discutibles. Por ejemplo, Jean Betke Elshtain, profesora de Ética Social y Política en la Divinity School de la Universidad de Chicago, que ocuparía importantes cargos públicos en la Administración de Bush hijo, afirmó que la definición de la lucha contra el terrorismo islamista como cruzada había sido elaborada por pacifistas estadounidenses con una clara intención política: obstaculizar la respuesta militar del Gobierno de Estados Unidos a los atentados, calificándola con un término que hacía responsable a toda la actitud occidental hacia el islam (Elshtain, 2003).

En otras ocasiones se trata de argumentos basados en los trabajos de investigadores que cuentan con un importante aparato crítico. El profesor de Ética Cristiana en el Southeastern Baptist Theological Seminary Daniel R. Heimbach, tras realizar una exhaustiva comparación entre las características de la guerra santa descrita en la Biblia y la teología agustiniana de la guerra justa, llega a la conclusión de que la intervención militar decidida por el presidente estadounidense en Iraq y Afganistán no puede calificarse de cruzada porque se corresponde plenamente con los parámetros definidos por el obispo de Hipona (Heimbach, 2008).

El debate sobre la conveniencia de volver a la categoría de cruzada para las iniciativas militares actuales parece llevar, pues, a conclusiones cognoscitivas inciertas y contradictorias. Una pista sobre las razones de este resultado insatisfactorio puede encontrarse en una consideración de los usos lingüísticos en Oriente Medio. Las expediciones medievales a Tierra Santa fueron denominadas *cruzadas* en los siglos XIX y XX, en la época de la respuesta de los nacionalismos árabes al colonialismo europeo (Phillips, 2018: 79-106). En cambio, en la Edad Media, los árabes no llamaban a los invasores *cruzados*, sino *francos*, situando el enfrentamiento militar en el plano político-económico, más que en el religioso (Nirenberg, 2009: 155).

El ejemplo deja claro que el uso de la categoría de cruzada no solo está cargado de significados desde el punto de vista histórico, sino también desde el punto de vista cognoscitivo, en la medida en que hace referencia a los contextos socioculturales en los que se produce. Cabe preguntarse entonces si las incertidumbres en torno a su aplicabilidad en el presente no se derivarían principalmente de la falta de una investigación sobre las expresiones lingüísticas que los agentes históricos utilizan para manifestar sus inclinaciones. Estas expresiones son, de hecho, el testimonio positivo de las intenciones del hablante, que pueden ser descifradas mediante la correcta aplicación de los instrumentos de la crítica histórica.

Este volumen parte de la hipótesis de que la principal razón de la fragilidad cognoscitiva del debate historiográfico sobre la presentación de la cruzada como herramienta interpretativa de la realidad actual se encuentra en la ausencia de una atención específica al uso del término por parte de los actores implicados en un enfrentamiento (militar, pero también político e ideológico). De esta evaluación surgió la idea de realizar una investigación destinada a verificar los resultados de un trabajo centrado en el uso real de la palabra *cruzada* por parte de los protagonistas de los acontecimientos examinados. La investigación comenzó antes de que la Unión Europea aprobara el proyecto *Cruciata-History of the Word «Crusade»* en el marco del programa Horizon 2020. No ha podido beneficiarse de los resultados, pero sí encontró apoyo cuando se puso en marcha. La sustancial coincidencia de los planteamientos de ambas iniciativas ha garantizado, de hecho, la coherencia con las directrices de la labor cultural promovida por la Unión Europea.

Por otro lado, este volumen se basa en la convicción de que los usos lingüísticos del mundo actual pueden recuperar su sentido pleno en la medida en que se sitúen en un recorrido histórico. Las comparaciones diacrónicas son la principal forma de determinar el significado real. Esto plantea el problema de la periodización en la investigación. Un rápido repaso a la historia de la palabra *cruzada* en Occidente ayudará a presentar las razones de la elección realizada.

El término no aparece en las fuentes medievales sobre las primeras cruzadas. Las expresiones que indican la expedición que luego se llamaría *cruzada* son variadas: *peregrinatio*, *expeditio*, *transitio*, *via*. En ocasiones, estos términos van acompañados de especificaciones: *translatio regni*, *iter hierosolomitenum*, *auxilium Terra Sanctae*, etcétera. En los documentos de la época se encuentra, a veces, *crucesignatus*, marcado con la cruz, para indicar el participante en la iniciativa militar destinada a devolver al dominio cristiano las tierras en manos islámicas. Su decisión de tomar las armas viene denominada, entonces, con las expresiones *crucem assumere* o

crucem predicare, que la lengua vernácula francesa traduce como *se croiser* (Weber, 2016). Sin embargo, el primer testimonio del uso del sustantivo aparece en lengua vernácula española (*cruzada*) en Navarra y Occitania a principios del siglo XIII. Sus apariciones esporádicas están condicionadas por el contexto en el que surgen: se refieren a la guerra santa contra los moros o los albigenses, no a la peregrinación armada al Santo Sepulcro. El éxito del término llegó mucho más tarde. La curia romana fue la protagonista.

La palabra latina *cruciata*, registrada por primera vez en una bula de Bonifacio VIII en 1300, se hizo habitual en la praxis curial a partir de mediados del siglo siguiente en forma de documento: la *littera cruciata*. Se trataba de una bula papal con la que el pontífice autorizaba a una autoridad, eclesiástica o civil, a ofrecer a la población una recompensa espiritual (normalmente indulgencias) a cambio de la participación militar o el apoyo económico a una expedición bélica contra los enemigos de la fe. Durante mucho tiempo, la palabra se referiría tanto a la administración de indulgencias como a cualquier lucha por la defensa de la Iglesia. Más tarde, a mediados del siglo XV, con los pontificados de Calixto III y Pío II, se produjo un cambio semántico (Weber, 2011; 2013: 491-504).

Con el objetivo de vencer la resistencia al recurso masivo a las indulgencias para financiar la guerra contra los turcos, el Papado realizó entonces una consciente operación lingüística: identificó las expediciones medievales para la liberación del Santo Sepulcro con las iniciativas bélicas que ahora pretendía promover para la reconquista de las tierras cristianas en manos otomanas. Los dos acontecimientos se unen en un campo semántico que restablece el significado de la palabra *cruzada*. El elemento que permite esta fusión es una guerra cuyos participantes recibieron indulgencias del papa porque se había llevado a cabo para defender la fe contra el islam.

Esto define un hilo conductor que, sin cuestionar la posibilidad de polisemia, asegura el significado del término a lo largo de los siglos de la Edad Moderna. De hecho, se refiere a una serie de elementos constitutivos que, aunque en equilibrio variable según el matiz que el hablante quiera atribuirle, lo connotan. El término indica una expedición militar, promovida por una proclamación papal, que prevé recompensas espirituales para los participantes por llevar a cabo una lucha contra un enemigo de la fe, cuyo arquetipo representa el islam. Sin embargo, la operación lingüística realizada por el Papado en el siglo XV no solo define el contenido de la palabra. Mientras tanto, se ha construido un mito heroificante en torno a las expediciones medievales a Tierra Santa. El término, que ahora está inextricablemente asociado a ellas, se caracteriza por un fuerte poder evocador, asumiendo

una capacidad de movilización (llamada general a las armas, compromiso unitario, entrega intrépida, muerte gloriosa, etcétera).

Solo en el siglo XVIII disminuye la fuerza performativa de la palabra. La organización de la defensa de la cristiandad mediante la cruzada desaparece del horizonte político. Los Estados modernos reclamaron la autonomía de la Iglesia, mientras que el Imperio otomano dejó de representar una amenaza real. La bula de la cruzada se convirtió en un terreno de negociación entre la curia romana y los gabinetes del Estado para mantener abierto un canal fiscal con el que saldar las deudas del erario público (Goñi Gatzambide, 1958; Torres Gutiérrez, 2001). Sin embargo, un cambio aún más importante se observa en el ataque al mito de las cruzadas. De hecho, la cultura de la Ilustración las presenta como el resultado de un engaño clerical que, en beneficio exclusivo de la institución eclesiástica, condujo a la Europa medieval a una guerra, absurda y contraproducente respecto a sus verdaderos intereses, contra el islam. Así, se empezó a atribuir a la palabra un valor despectivo.

En 1798, la conquista de Malta por parte de Napoleón pareció poner el punto final a la cruzada: la Soberana Orden de Malta, última heredera de las órdenes caballerescas que habían combinado la caridad y la guerra por el control del Santo Sepulcro, perdió el gobierno de la isla y se dispersó. En realidad, ocurrió lo contrario. Fue precisamente en estos años cuando se relanzó la referencia a la cruzada, y cobró nueva vida. No fue tanto el medio centenar de caballeros de Malta que acompañaron a Napoleón en su efímera invasión de Egipto lo que llevó a algunos observadores a establecer un paralelismo entre esa expedición del ejército francés y las cruzadas medievales (Lecaque, 2019). La novedad es la recuperación del término para el establecimiento de una estrecha relación entre las cruzadas medievales y las guerras del presente; las primeras se convierten en un paradigma ejemplar para caracterizar las segundas.

Así, el juicio histórico sobre la reconquista medieval de los Santos Lugares se caracteriza positivamente, no en el marco de un choque cultural o de una polémica historiográfica como en el Siglo de las Luces, sino porque constituye un modelo de iniciativa militar que poner en marcha en el mundo contemporáneo. Se califica de «cruzada» el uso de las armas en la situación política del momento para lograr un objetivo que, considerado tan importante (a menudo incluso más) como recuperar el sepulcro de Cristo que se encontraba bajo el control islámico, asume la sacralidad que antes se le atribuía. Es el inicio de un proceso secular que devuelve a la categoría de cruzada, aunque con diversas interpretaciones a lo largo de la Edad Contemporánea, una importancia significativa en la elaboración política y

cultural llevada a cabo en Occidente para dar una legitimación religiosa de tipo sagrado a la violencia bélica.

El término *a quo* del que parte esta investigación es, por tanto, el resurgimiento de la cruzada en la época de la Revolución francesa, para luego reconstruir su presencia en el discurso público occidental hasta nuestros días. Mediante una investigación basada en el uso preciso del término se pretende responder a una pregunta: ¿qué permanencias, discontinuidades y variaciones en su contenido semántico revela este recorrido? No cabe duda de que restringir el campo de la investigación de esta manera supone una simplificación: los agentes históricos pueden haber atribuido el significado de la palabra *cruzada* a términos considerados equivalentes, en particular *guerra santa* o *guerra sagrada*. Sin embargo, creo que es conveniente iniciar un primer trabajo de rastreo a partir del uso del término, aunque soy consciente de que los resultados deberían ser sometidos a una comprobación más detallada.

En efecto, me parece necesario aportar algunos elementos históricos fundados para permitir una comprensión crítica del uso actual de una palabra que, como ha demostrado la discusión sobre la guerra de Estados Unidos contra el terrorismo, está en el centro de un debate con interpretaciones confusas y contradictorias. Esta consideración puede servir también para responder a una segunda limitación que caracteriza esta investigación.

La adopción de una perspectiva a largo plazo conlleva inevitablemente deficiencias en la restitución de cada uno de los momentos de la trayectoria descrita. Soy consciente, más allá de la obvia imposibilidad de una restitución completa de las *res gestae*, de que los diferentes capítulos de la *historia rerum gestarum* aquí propuesta pueden ser reconstruidos de forma más articulada, profunda y compleja a través de un análisis posterior de esos momentos. Sin embargo, incluso sin considerar que las insuficiencias de una interpretación son siempre un estímulo útil para las aclaraciones y correcciones, me parece que el esfuerzo por ofrecer una visión de conjunto constituye un punto de partida. En la situación actual, marcada por la confusa proliferación del recurso al término *cruzada*, se trata de proporcionar una primera herramienta de orientación, destacando el significado que su uso ha adquirido a lo largo de la Edad Contemporánea. Una operación que solo puede confiarse a una reconstrucción histórica realizada con «amplitud de miras» y llevada a cabo sobre la base de un reconocimiento positivo, aunque limitado, de las fuentes (Miccoli, 2020).

Una verificación adecuada de la hipótesis de trabajo aquí formulada requeriría, en principio, el análisis de todas las apariciones de la palabra en los testimonios dejados por todos los agentes históricos que se han referido

a ella. En la actualidad, es evidente que no es posible que un solo investigador recoja tal cantidad de datos en un tiempo razonable. Sin embargo, me parece que las condiciones de la investigación histórica actual hacen posible una aproximación cognoscitivamente útil.

En primer lugar, existe una literatura historiográfica que ha abierto el camino. A finales de los años noventa, con el título *Le mythe de croisade*, apareció la monumental investigación realizada «sobre la cruzada después de las cruzadas» por Alphonse Dupront (1997). Se trata, como es sabido, de una *thèse* defendida en 1956, que el autor, después de haberse negado durante mucho tiempo a publicar, comenzó a revisar a finales de los años ochenta y cuya edición fue completada por sus alumnos, que le habían animado a retomar un texto que, entretanto, se había hecho legendario. Si la tesis principal de este impresionante libro —la cruzada constituye un indicador para identificar la aspiración a lo sagrado presente en la conciencia colectiva de Occidente— tiene poco que ver con esta investigación, la extraordinaria cantidad de textos consultados, citados y analizados en los cuatro volúmenes de la obra constituye un valioso punto de referencia para identificar las fuentes que se han de tener en cuenta.

Desde entonces, la investigación histórica de las cruzadas se ha desarrollado aún más, y una revista científica, *Crusades*, publicada desde 2002 por la Society for the Study of the Crusades and the Latin East, se ha convertido en una fuente de información y promoción de la investigación sobre el tema. En la era de la profesionalización de los estudios históricos, la aparición de una publicación científica especializada supone un salto cualitativo. Sin embargo, se han abierto nuevos horizontes para el historiador, sobre todo gracias a la digitalización de las fuentes y su disponibilidad en internet; ahora se puede acceder a una variedad de textos en diferentes idiomas que no solo es muy amplia, sino que también era inaccesible hasta hace unos años.

La documentación encontrada a través de estas herramientas se ha contextualizado, tanto sincrónica como diacrónicamente, no solo comparando los usos que hacen de ellas los distintos hablantes, sino prestando especial atención a tratar de determinar las intenciones que, en relación con el marco histórico en el que se desenvuelven, les llevan a asumir el término. Desde este punto de vista, parecía necesario tener siempre presente, en el trasfondo de los distintos momentos examinados, el uso contemporáneo que propone la Santa Sede. Aunque los estudios han demostrado que la reactualización de la cruzada se produjo en la Edad Contemporánea también entre las confesiones cristianas presentes en Oriente, en particular en el ámbito de la ortodoxia (Knobler, 2006), la investigación se ha limitado al espacio

euroatlántico, en el que la presencia católica en el debate público mantiene viva la memoria de la cruzada, históricamente vinculada a una proclamación papal y con la consiguiente atribución de beneficios espirituales tras su realización.

Como se verá, el Papado no ha sido el único protagonista de la referencia a la cruzada en la Edad Contemporánea. Es más, quizá el aspecto más importante del itinerario de la categoría en este periodo sea su secularización, que se manifiesta en la asunción de la política por parte de las religiones. Pero la comparación con las orientaciones del Papado permite una consideración de peso: después de haber alimentado durante más de dos siglos, directa o indirectamente, la referencia a la cruzada, el gobierno actual de la Iglesia universal se ha alejado de ella. Esto plantea la cuestión de cómo puede sobrevivir el uso del término. Las religiones seculares, que se han beneficiado durante mucho tiempo, aunque de forma indirecta, de las más diversas formas de promoción católica de la cruzada, ¿están en condiciones de seguir proponiendo la sacralización de la violencia bélica en el momento de su abandono por parte de la Iglesia? ¿Podrá la propia institución eclesiástica ajustarse al enfoque adoptado, no sin duros conflictos internos, en los últimos años?

Un libro dedicado a proporcionar, a través del conocimiento del pasado, herramientas para leer el presente no está llamado, obviamente, a responder a estas preguntas. Sin embargo, muestran hasta qué punto ese pasado puede seguir afectando a nuestra convivencia civil. Corresponderá al lector valorar si la reconstrucción aquí propuesta ha logrado su objetivo de sugerir pautas para entender el mundo actual y construir el futuro.

Para concluir la introducción, permítanme una breve observación personal. El tema de este volumen fue objeto del último curso de Historia Contemporánea que impartí en la Scuola Normale Superiore de Pisa. El pesar por no haber podido desarrollarlo aprovechando los preciosos consejos y las oportunas observaciones derivadas del amistoso diálogo sobre mis investigaciones que durante años mantuve con Giovanni Miccoli, ya fallecido, se une al agradecimiento a mis alumnos, que, como en todos los cursos anteriores, fueron un estímulo constante para la clarificación y profundización de los problemas históricos que el análisis de los textos iba planteando.

1. RETORNO

Hace tiempo que la historiografía reconstruyó la condena de las cruzadas medievales expresada por la Ilustración (Cardini, 1993*b*; Partner, 1997: 301-310; Tyerman, 2011: 77-91). No es necesario repetir los resultados de estos estudios. Basta con recordar una manifestación representativa de la valoración ilustrada: la entrada *Croisades* que Jean Le Rond d'Alembert publicó en el cuarto volumen de la *Encyclopédie* en 1752. Aunque algunos exponentes de la Ilustración escocesa prestaron una mayor atención a la historia, los argumentos aquí expuestos, desarrollados de forma diversa y en ocasiones matizados, volvieron a aparecer en los juicios de quienes pretendían referirse a la «razón» y a la «naturaleza» para dar cuenta de ese acontecimiento.

El origen de las cruzadas se presenta como una «turbación» que pasa de la «cabeza recalentada de un peregrino [Pedro el Ermitaño] a la de un pontífice ambicioso y politiquero [Urbano II]». Su objetivo —«arrastrar a una parte del mundo a un pequeño país desafortunado para degollar a sus habitantes y apoderarse de la cima de una roca que no vale ni una gota de sangre»— solo tuvo éxito debido al fanatismo que prevalecía en la oscura época medieval. En ese tiempo de densas tinieblas, la gente no comprendía que a Dios se le adora en espíritu y en verdad, sin referencias materiales; los príncipes y los pueblos no conocían sus verdaderos intereses; se permitía que el clero abusara de su poder espiritual para enriquecerse con bienes materiales; se creía que la violencia de la guerra santa borraba los pecados cometidos. A continuación, el artículo detalla los males que estas expediciones habían causado a los países europeos: millones de muertos, agujeros sin fondo en las cuentas públicas, aumento de la fiscalidad, declive demográfico, colapso del consumo, barbarización de las costumbres, etcétera (D'Alembert, 1752).